

EVOCACIONES CERVANTINAS EN POETAS PORTUGUESES DEL SIGLO XIX

Una de las conmemoraciones literarias más sonadas en el siglo XIX peninsular fue, en 1872, la que tuvo lugar en Portugal con motivo del tercer centenario de la publicación de *Os Lusíadas*, aunque la apoteosis de Camões se reservó para 1880, tercer centenario de la muerte del poeta. Son años de aparente tregua en la vidriosa polémica de la llamada cuestión ibérica, que mantenían Portugal y España desde 1850 y cuyos rescoldos atiza de nuevo la explosiva publicación del libro de Ángel Fernández de los Ríos, *Mi misión en Portugal* (París, 1877).

Sin embargo, aunque en el terreno político estaban distanciados los dos pueblos, sobre todo del lado portugués, en el terreno cultural parecía surgir un esperanzador indicio de mejores relaciones, reflejado en el intercambio de ilustres viajeros entre los dos países, la publicación de libros y artículos y las traducciones a las dos lenguas de las obras más emblemáticas de ambas literaturas: el *Quijote* y *Os Lusíadas*.

Parece que fue la celebración del tercer centenario de la publicación del poema camoniano lo que impulsó a la vez a varios españoles a traducirlo de nuevo a nuestra lengua. La última traducción había sido la de Lamberto Gil, en 1818, quizá como homenaje a la portuguesa Isabel de Braganza, segunda esposa de Fernando VII. Ahora eran, en el espacio de tres años, la del Conde de Cheste (Madrid, 1872), en verso, las de Carlos Soler y Arqués (Badajoz, 1873) y de Manuel Aranda y Sanjuán (Barcelona, 1873), ambas en prosa, y la de Gabriel García y Tassara, en verso, que quedó inédita sin duda por la muerte del autor, acaecida en 1875.

Pero si es cierto que se puede atribuir este raudal de traducciones a la citada conmemoración, ¿qué pensar de las traducciones del *Quijote* que con igual abundancia aparecen en Portugal más o menos por las mismas fechas?: la de los vizcondes de Castilho y de Azevedo, ayudados por Manuel Pinheiro Chagas (Porto, 1876-1878), que le puso además un importante prólogo; la del vizconde de Benalcanfor (Lisboa, 1877-1878) y la de José Cárcamo (Lisboa, 1888-1889).

¿Trataban estos traductores de anticiparse a 1905, fecha en que se conmemoraría el tercer centenario de la publicación del *Quijote*, o era acaso una manera de corresponder al homenaje tributado a Camões por sus traductores españoles?

La verdad es que, mientras ocurría esto en el terreno de la traducción y, como indicaré enseguida, en el de la poesía, en el campo de la crítica no había, con la excepción del prólogo de Pinheiro Chagas y una biografía de Gomes Leal, más indicios de interés cervantino que superficiales escarceos periodísticos. Otra cosa son los ecos, a veces abundantes y significativos, que el *Quijote* dejó en autores como Almeida Garret y Camilo Castelo Branco.

Cierto, Cervantes, en Portugal, fue siempre más favorecido, al menos en calidad, por los poetas que por críticos y eruditos. En estas mismas páginas publiqué unas notas sobre la interpretación de Don Quijote por tres poetas contemporáneos de bien distinta personalidad: Teixeira de Pascoaes, José Gomes Ferreira y Miguel Torga¹. Para completar, al menos por el momento, estos homenajes poéticos a nuestro novelista, traigo hoy aquí a otros poetas, esta vez pertenecientes a un período del siglo XIX coincidente con el de las traducciones de la novela cervantina.

Ya Fidelino de Figueiredo publicó hace bastantes años un artículo sobre la resonancia del *Quijote* en la literatura portuguesa del siglo pasado². Figueiredo centraba su estudio —otros autores citados por él son irrelevantes en nuestro caso— en tres poetas representativos de diversas tendencias de la poesía portuguesa de aquel siglo, aunque él los calificaba de realistas: António Duarte Gomes Leal (1846-1921), António Gonçalves Crespo (1846-1883) y Joaquim de Araújo (1858-1917), a los que añadió a Teófilo Braga (1843-1924).

De los poemas cervantinos de Gomes Leal y de Araújo, Figueiredo postergó los más antiguos, justamente los escritos en la época que nos interesa ahora, y prestó sólo atención a los compuestos en

¹ «Don Quijote en tres poetas portugueses», *Anales Cervantinos*, XXV-XXVI, 1987-88, pp. 65-73.

² «O thema do Quixote na literatura portuguesa do século XIX», *Revista de Filología Española*, VIII, 1921, pp. 161-169.

torno al centenario de 1905³. Estos tres poetas ven a don Quijote según la fórmula tópica fijada por la propia novela: el caballero en su flaco rocinante, los caminos polvorientos, los palos y burlas y la ensoñada Dulcinea. Gomes Leal⁴ y Gonçalves Crespo, adictos a la escuela parnasiana, eligieron el cuarteto alejandrino para dar su versión del andante héroe, mientras que Joaquim de Araújo prefirió la forma más estricta del soneto.

El poema «D. Quichote» de Gomes Leal, publicado en su libro *Claridades do Sul* (Lisboa, 1875, pp. 12-13), se sitúa «nos tempos medievaes dos campeões andantes»; es un caballero «magro, tristonho, ideal, crente Fausto do Sul». Esta identificación fáustica volverá a aparecer versos más abajo, cuando el poeta repite «magro Fausto do Sul, buscando a Margarida». Don Quijote camina «sereno e grave escarnecido e exangue»; a su paso,

vinham ladrar-lhe os cães, e pressentindo sangue,
grasnavam-lhe em redor bandos negros de corvos⁵.

.....
Paravam aldeões, lavradores crestados;
vinham a porta as mães, fiando o linho fino,
e os magros charlatães viam passar, pasmados,
na sombra d'um cavallo o extremo paladino.

Dançavam os truões; as sujas enxurradas
com a lodosa voz, perguntavam: Que é isto?
Satan n'um curucheu, dizia às gargalhadas:
—Ó campeão do Bem! ó vítima do Christo!

Años después, en el poema de 1902, en tercetos alejandrinos, San Francisco de Assís —Gomes Leal ha evolucionado hacia un espiritualismo católico— se encuentra con don Quijote maltrecho, en compañía de Sancho y seguido de «esquadrões de aladas andurinhas». Francisco le pregunta quién es y quién lo hirió, y el caballero le responde, en una especie de letanía anafórica, que todas sus proezas y penas han sido en servicio «da rara Dulcinea, a Dama de Toboso».

³ Son «Sam Francisco d'Assiz e D. Quixote», de GOMES LEAL, publicado en *O Século*, Lisboa, 10 de noviembre de 1902, p. 3, al que puede agregarse, aunque muy de refilón, «Carta à Mulher de Luto», de su libro *A Mulher de Luto* (Lisboa, 1902), y «Visões do Quixote», de J. DE ARAÚJO, de 1905, publicado en 1909, en Génova, según Figueiredo, que no cita la publicación donde apareció.

⁴ De él es también una elogiada biografía de Cervantes puesta al frente de la traducción del *Quijote* de José Cárcamo.

⁵ En los textos que se citan no se introducen más alteraciones que las referentes a puntuación y acentos.

S. Francisco de Assiz, entre as claras ramagens,
 ergueu as mãos ao Céu —como palmas em cruz—
 e assim gritou ao Heróe, trotando entre as paisagens:
 Vae-te, ó santo Histrião, cheio de azas e luz!
 Deixa a gentilha rir com boca chocarreira.
 N'essa alma —altar de amor— vae a Hóstia de Jesus!

En «A morte de D. Quixote», poema recogido en *Nocturnos* (Lisboa, 1882)⁶, Gonçalves Crespo presenta al caballero, solo, ya de vuelta en su aldea manchega; rendido, se sienta en el umbral de su casa, mientras cae la tarde idílica y a su alrededor continúa la vida:

O ténue fumo sai do colmo das herdades,
 riem ao pé da fonte as frescas raparigas,
 e a clara vibração sonora das trindades
 juntam-se brandamente as vozes e as cantigas.

Alguien anuncia la muerte de Dulcinea: su hora también ha llegado. Pero Gonçalves Crespo no ve su muerte como la imaginó Cervantes; su caballero no muere en paz. Y son, paradójicamente, el cura y el bachiller quienes, para arrancarlo de su postración, lo animan a luchar de nuevo por la justicia y la ley. El poeta deja caer entonces sobre los débiles hombros del caballero una sarta de adjetivos —feroz, sublime, inquieto, semidesnudo, siniestro—, pidiendo a gritos a Sancho: «Traz-me a lança, presto! e a minha espada amiga!»

Tinha em brasas o olhar e truculento o aspeito,
 e vibrava em redor a imaginária lança...
 Logo depois caiu do respaldar do leito,
 morto: tendo no lábio um riso de criança!

Joaquím de Araújo, en cambio, en un soneto de *Occidentais* (Porto, 1888, p. 132) ve a don Quijote como un taciturno visionario contrapuesto al materialista Sancho —Araújo le llama «vil e chocarreiro»—, poniendo en práctica el virgiliano «parcere subiectis et debellare superbos». Pero también lo relaciona, en el verso final, con el Cristo redentor, como Gomes Leal en los poemas citados:

Ninguém te escuta, que a ninguém pões medo;
 uma dúzia de séculos mais cedo
 era o tempo: morrias no Calvário!

Otra cosa son los dos poemas de Teófilo Braga que voy a citar a continuación. Olvidados hasta ahora, rescato de la ingente y, por

⁶ Cito por la edición de Lisboa, 1942, pp. 158-160.

tantos conceptos abrumadora obra poética de este polígrafo portugués, estas dos piezas —no ejemplos de belleza poética, sino testimonios de evocación cervantina— que, a pesar de todo, no dejan de tener cierto interés, aunque muy secundario junto al resto de su enorme obra crítica e histórica, donde destaca una combatida *História da Literatura Portuguesa*, todavía hoy útil si se la consulta con la debida cautela⁷.

El espécimen más representativo de su obra poética es el libro titulado *Visão dos Tempos* (Porto, 1864), al que se fueron agregando en el transcurso de los años nuevos volúmenes y poemas, hasta llegar a los cuatro copiosos tomos de la edición definitiva: *Visão dos Tempos. Epopeia da Humanidade* (Porto, 1895)⁸. Porque esto es lo que pretendió hacer Braga, una epopeya poética de la humanidad, que dividió en tres ciclos —«Fatalidade», «Lucta» y «Liberdade»—, a los que no son ajenos los tres estados de la teoría comtista, subdividiéndolos en trece cantos, o catorce si incluimos el extenso «Canto Preliminar»⁹.

La crítica está de acuerdo en señalar como modelo de esta obra *La Légende des Siècles* (1859), de Víctor Hugo, poeta admirado e imitado por Braga, pero también debieron fascinarle los *Poèmes antiques* (1852) y los *Poèmes barbares* (1862), de Leconte de Lisle,

⁷ Braga consagró asimismo a Cervantes dos endebles trabajos con motivo de la conmemoración de 1905: la conferencia *Tricentenário da publicação do Dom Quixote. 1605-1905* y *Quem foi o autor do segundo D. Quixote?*, ambos en Lisboa, 1905. De este mismo año es una breve nota, «Cervantes e o D. Quixote», publicada en *O Occidente*, n.º 949, vol. 18, pp. 98-99.

De la conferencia, entresaco las siguientes líneas: «é um assombro do génio [el Quijote], quanto ao sentido psychológico; pertence a todas as litteraturas para o estudo da missão da Arte e para a admiração que unifica as almas em uma mesma emoção, que é - o Bello (...), Perante a história da civil sação, a novella de Cervantes é um documento de ordem sentimental: representa uma época que termina, quando o último lampejo da Cavalleria se manifestou na batalha naval de Lepanto» (p. 9).

⁸ En el tomo 4.º, los editores advierten que esta colección comprende «todas as obras poéticas publicadas pelo auctor desde 1864 a 1894, taes como *Bacchante* (1.ª ed. da *Visão*), *Tempestades sonoras*, *Ondina do Lago*, *Torrentes*, *Miragens seculares*... e contém mais cento e vinte e sete poemas e poemetos inéditos...»

⁹ En un denso «Proémio», bien pertrechado de filosofía positivista, BRAGA explica el significado de su obra: «A vista synthética da História universal, tomando cada raça, cada nação, como órgãos que foram produzindo o crescente domínio da consciência sobre os instinctos, e das potências moraes sobre as forças da natureza, estabelecendo a relação de continuidade do passado com o presente, tornou possível a idealisação de todos esses progressos attingidos pelo esforço da vontade, como o thema da Epopeia da Humanidade, em que a solidariedade da espécie se illumina em uma grande sýnthese poética» (p. XI).

Sobre esta obra puede verse el encomiástico estudio de ANTÓNIO MARIA FREITAS, *Bodas de Ouro da Epopeia Humana (1864 a 1914). Crítica synthética da Visão dos Tempos de Theóphilo Braga*. Lisboa, 1914.

aunque nunca llegó a asimilar la belleza y grandiosidad de la imaginativa historia de la Humanidad escrita por Hugo, ni la disciplinada perfección plástica de Leconte. Con este bagaje, además de la filosofía positivista, en cuyas filas militaba, se puso a trabajar nuestro poeta, sin olvidar, por supuesto, sus otras actividades intelectuales.

Teófilo Braga era historiador, etnógrafo, sociólogo y filósofo, siempre en prosa, pero no poeta. Su versificación, aunque variada, es dura, falta de musicalidad; su lengua poética, gris. Braga puede ser imaginativo en sus evocaciones históricas, pero no en su realización estética. Como Cervantes, aunque aquí con más motivo, hubiera podido firmar los conocidos versos del *Viaje del Parnaso*:

Yo que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el Cielo.
(I, 25-27)

En fin, los poemas cervantinos en cuestión son los titulados «O riso de Cervantes» y «A Batalha de Lepanto»; ambos pertenecen a esos «mais de cento e vinte e sete poemas e poemetos», que, según los editores de Braga, se recogen en esta edición de sus «Obras poéticas completas»¹⁰. No tienen fecha, pero, por el interés cervantino suscitado en el Portugal de los años setenta y ochenta del pasado siglo, no dudo en datarlos en aquellos años.

Los dos pertenecen al canto undécimo de *Visão dos Tempos*, titulado «As duas verdades», cuyo tema es la «Dissolução do regimen cathólico-feudal» y que pertenece al «Cyclo da Lucta». A su vez, «O riso de Cervantes» forma parte del apartado «Clarté de tout, ou a Epopea do Riso», juntamente con otros tres poemas dedicados a la risa de Erasmo, de Rabelais y Aretino.

Braga trasladó al verso de esta composición¹¹ una escena hogareña con dos personajes reales, Cervantes y Catalina, su mujer; latente, un personaje ideal presencia la escena: don Quijote. Cervantes, abrumado por sus problemas familiares, escribe sin descanso, buscando quizá en la fantasía un alivio a su pobreza:

À luz froixa da pálida vigília,
solitário, pensando sob o pezo

¹⁰ *Visão dos Tempos*, t. IV, pp. 90-92 y 105-106, respectivamente.

¹¹ «O riso de Cervantes» se compone de ocho octavas mixtas de gusto romántico, con una combinación muy elaborada de seis endecasílabos y dos heptasílabos, cuyo esquema inicial, Braga no mantiene en todo el poema, aunque sí termina cada estrofa con el apellido del novelista.

do estéril desalento,
na mudez indigente da família,
no tropel de esperanças vacillantes,
da inspiração no fogo o olhar acceso,
arreatado em vivo pensamento
trabalhava Cervantes.

En la indecisa luz del amanecer, Catalina observa a Miguel desde la puerta y lo ve reír a carcajadas, según va fijando en el papel las aventuras de don Quijote. La pobre mujer lo cree loco:

Ai, já cansada de esperal-o e triste,
ergue-se a esposa; vem de manso, espreita
na meia aberta porta;
de repente, elle, que às visões assiste
do mundo ideal das creações gigantes,
com que risadas o silencio corta
da noite! Para o lado a penna deita,
a rir a sós Cervantes.
Riu-se a bom rir! convulsa gargalhada,
longo scherzso de ignotas harmonias!
Observa tudo a esposa dosolada;
mas d'essas concentradas ironias
percebeu bem pouco;
e para si, em âncias cruciantes,
diz: «Coitado, coitado! elle está louco,
louco o pobre Cervantes».

Él, de pronto, ahoga su risa y cae arrodillado a los pies de un crucifijo: acaba de tomar conciencia del significado trascendental de su héroe, que como Cristo, tiene por ideal la salvación del hombre. A la vez, identifica al «casmurro e gordo Sancho/ repleto de anexins sempre abundantes», con el utilitario Pedro, y a Roma, es decir, al Vaticano, con la ínsula Baratária. Por supuesto que es Braga quien habla a través de Cervantes:

Porque trouxeste por ideal ao mundo
salvar o homem do atro cativoiro,
dando a vida por nós sobre o madeiro;
e esse pedro, mais práctico e profundo
largas-te aos sycophantes,
toma à doutrina a parte utilitária,
vindo a fundar em Roma a Baratária...
Mas... perdõa a Cervantes!

Al verlo llorar, Catalina se acerca gozosa y lo abraza: ahora cree que Miguel ha recobrado la razón:

Irrompíam-lhe as lágrimas ferventes
 dos olhos; os soluços
 abafaram-lhe o grito do bom-senso.
 Aos pés do Christo prosta-se de bruços.
 Eis con passos trementes,
 como se viesse à hora dos amantes,
 entra a esposa e abraça-o: «Penso, eu penso
 que tens o fogo da Rasão, Cervantes!»

En «A Batalha de Lepanto», Braga evoca, en siete duros cuarte-
 tos sobre la base de dos rimas pareadas, a un Cervantes antimili-
 taria, defensor de la paz y el trabajo como base del orden y ri-
 queza de los pueblos, ideal que el autor portugués defendía en su
 propio ideario político:

Fora um dia Cervantes imcrepado
 por ter sem dó ridicularizado
 a honra e o generoso pensamento
 em *Dom Quixote*, ideal do sentimento.
 De Lepanto o heroico mutilado,
 vendo-se na miséria injuriado,
 volveu com dignidade, altivo, lento,
 repellido o insultuoso intento:
 —Assisti ao final combate dado,
 em que a Europa o futuro viu jogado,
 pela invasão do Turco violento,
 que tudo assola como um ígneo vento.
 Assim em Salamina, no passado,
 tendo as hordas da Pérsia derrotado,
 das trevas d'esse bárbaro elemento
 a Grécia torna o Occidente isento.
 Lepanto a Salamina é igualado,
 por que o destino seu, mais elevado,
 a guerra defensiva n'um momento
 attingiu, dando à Paz seguro assento.
 Desde esse dia em diante eis terminado
 o império e força bruta do soldado!
 O heroismo pessoal não acha alento,
 nem da Justiça o sangue é argumento.
 O trabalho e a paz têm fecundado
 a ordem, a riqueza em cada Estado,
 e da bravura militar o augmento
 só vem a combater Moinhos de vento.

Es posible que puedan rescatarse aún, olvidados en las páginas
 de otros libros portugueses del siglo pasado, otros poemas que aña-
 dir a los traídos aquí como muestra, en algún caso, de un buen
 hacer poético, y siempre como testimonio de la admiración que
 suscitó la novela de Cervantes en Portugal, por encima de rencores
 y antagonismos políticos.

JOSÉ ARES MONTES